



FIRMAS

Los subsuelos de Madrid

Hace más de 20 años, cuando España era todavía un lagarto desperezándose de los últimos fríos del franquismo, viajé por primera vez a Amsterdam esperando encontrar la ciudad indisciplinada y furiosa de la que todos hablaban. Llegué en tren a media tarde, y, después de pasar por la pensión para dejar los bártulos y asearme, salí a la calle exaltado, lleno de entusiasmo. Pero sufrí una gran decepción, porque lo que encontré en los barrios en los que me habían anunciado que estaría la animación nocturna fue el paisaje de una ciudad vacía, desolada, casi muerta. Paseé durante un rato, intentando sobreponerme a ese desengaño, y por fin me decidí a entrar en uno de los locales que tenían peor fama con el propósito de calmar mi desilusión bebiendo. Al abrir la puerta de ese antro, sin embargo, me encontré, igual que Alicia, en el País de las Maravillas. Estaba lleno a rebosar, y la gente bebía, bailaba e incurría en diversas perversiones bulliciosamente. Pasé en ese local un par de horas, y luego, acicateado todavía por la emoción juvenil de estar en una ciudad extranjera, salí a buscar otro en el que seguir la fiesta. Esas dos horas habían convertido a Amsterdam en algo peor que una ciudad muerta: el aspecto de las calles era ahora casi lunar. Cuando vislumbré desde lejos la discoteca a la que me dirigía comprendí que la noche se había acabado y que tal vez sería mejor irse a dormir para complimentar mejor a Van Gogh a la mañana siguiente. No había nadie, no se intuía presencia humana. A pesar de todo, me acerqué a la puerta, pagué la entrada y me asomé dentro. No podía creerlo: en la pista, abarrotada, apenas se cabía.

Aquella fue la primera vez que pensé que en algunas ciudades la gente, por las noches, se desplaza de lugar a lugar a través del subsuelo, como los topos o como los antiguos palaciegos que excavaban túneles y pasadizos secretos para esconder sus adulterios o sus intrigas. Más tarde, durante todos estos años, he tenido la misma

sensación en muchísimas otras ciudades del mundo. En Berlín, en Nápoles, en Roma, en París, en Lisboa, en Praga, en Varsovia e incluso en Barcelona, mediterránea y latina. Cuando salía por la noche a tomar una copa en una discoteca que las guías de viaje o algún amigo me habían recomendado, recorría con miedo las calles despobladas, pensando que al llegar a mi destino me encontraría solo. En cuanto abría las puertas de los locales, sin embargo, se producía el abracadabra: estaban llenos y animados. ¿Cómo había llegado toda esa gente hasta allí? ¿Habían entrado juntos a una hora determinada y permanecían en el mismo sitio toda la noche? Nunca he sabido desvelar el misterio, pero lo cierto es que me he ido acostumbrando a envidiar esas ciudades en las que la diversión y el delirio no provocan el ruido callejero, como en Madrid, donde siempre tengo la sensación de que las discotecas y los bares existen únicamente para que los noctámbulos -madrileños y foráneos, porque allá donde fueres haz lo que vieres- vayan de uno a otro voceando y dando gritos. Durante un tiempo, cuando llegué a la alcaldía Álvarez del Manzano, albergué la esperanza de que lo remediara todo, pues creí que sus zanjas eran en realidad un laberinto subterráneo creado para que nos desplazáramos en silencio por las noches. La realidad me ha hecho ver que eran sólo la búsqueda del equilibrio: el modo de crear ruido en el día para que no sorprendiera tanto el de la noche.

LUIS G. MARTÍN es escritor. Ha publicado recientemente el libro de cuentos *El alma del erizo* (Alfaguara) y *Amante del sexo busca pareja morbosa* (Temas de hoy).